

Mali (1). Bamako. Dialloba.

A orillas del Rio Niger está la capital de Mali, Bamako (“el caiman de los pantanos” en idioma de los Bambara). Para mi, una de las ciudades más desagradables del mundo. Quizás es que cada uno explica la fiesta segun le va y, a mi, en Bamako, me han pasado demasiadas cosas.

Su interés turístico es casi nulo. Un museo saqueado constantemente por los que lo deben proteger, vistas a la ciudad desde una colina coronada por un hospital que llaman el “punto G”, un par de bares donde se reunen los cooperantes de O.N.G’s, el puerto... y todo ello a 40º de calor en la espalda. Algo explicaré de todo esto a la vuelta, pero ahora tengo prisas por irme de la capital porque Mali sí es un país de un interés etnico impresionante, con lugares tan únicos como el País Dogón, Djenne o Tombouctú.

Antes de irme quiero pillar un coche con guia/conductor y tengo una direccion. Si por aqui quieres ir en transporte colectivo... me parece bien, pero tienes que tener mucho tiempo y mas paciencia. Y valor. A esos colectivos les lllaman ataudes. Son pequeñas furgonetas para 20 personas donde se suben 40, la mayor parte sin ventanas ni frenos, cuyos motores van siendo reparados en ruta cada vez que se paran. Hasta que mueren reventados en medio de la carretera o del desierto, estes donde estés.

Me cae bien a primera vista el “chofer” con el que hablo, un tal Dialloba, y en seguida llego a un acuerdo. Tuve buen ojo y suerte, porque, tres viajes por Mali y Senegal después, años y años despues y hasta hoy, Dialloba se convirtió en mi hermano negro para siempre. Dialloba fué y es para mi lo que era el Viernes de Robinson Crusoe. Es cojo, porque tuvo un accidente de pequeño que le dejó una pata chula. Allí los niños empiezan a trabajar en obras y trabajos duros desde los 4 años y,

claro, tienen accidentes. Un día le dije que a mí eso me daba pena y él me respondió que, a él, lo que le daba pena era ver en películas cómo educamos nosotros a nuestros hijos, sobreprotegidos hasta el ridículo. "Los vuestros no sobrevivirán" me dijo.

Tener aquí un amigo, un hermano como Dialloba es un tesoro. Aquí la vida es dura y las experiencias que hemos vivido él y yo por aquí son casi ficción, literatura de aventura. En situaciones así es cuando sabes si te puedes fiar de una persona. Y yo, de Dialloba me fié. Conoce su mundo, Mali, como la palma de la mano y es sereno, filosófico, buen animal y buen racional, prudente, generoso, vigilante, educado, respetuoso, convincente.

Me acuerdo mucho de él porque ahora mismo, mientras escribo, ellos lo están pasando muy mal. Ahora, él y su familia viven allí una guerra asquerosa y castrante. Grupos yihadistas tomaron Tombouctú en el 2012 y todavía hoy siguen atacando aldeas, pegando tiros, matando y pisando a gente. Matan a la gente por cantar. Por silbar. Por todo. La vida de Dialloba ha sido dura, pero la vida de los niños del norte de Mali hoy en día, y la de todo ser que vive allí, no es vida.

En Alas y Viento a veces escribo en directo y a veces en diferido. Este viaje es en diferido. La primera vez que fui a Mali recuerdo que las estadísticas decían que no entraban en Mali ni 5.000 extranjeros al año. Ahora, naturalmente, no va nadie. Ni yo, ya me he encontrado sin querer en algún conflicto violento y no mola. Naturalmente Dialloba se ha quedado sin trabajo y se busca la vida de transportista, pero de acompañar a extranjeros por el país, ni hablar.

Fíjate si es pobre ese país que, cuando las cosas estaban tranquilas y por ahí pasaba el París-Dakar, las rentas que dejaba esta carrera suponían el 10% de toda la riqueza que entra del extranjero en Mali. Imagínate ahora con la guerra lo difícil que es vivir allí.

Niños soldado, niñas esclavas, bombas. Lo dicho, una mierda esta guerra como todas. Paso de seguir hablando de eso. Que cada uno haga lo que quiera y pueda. Para fuera o para dentro